

hundían, iban á perecer; se lanzó hacia ellos; entonces, el gran círculo de plumas rojas se estrechó y bien pronto le alcanzaron y le rodearon.

Como atacasen de nuevo los púnicos sus compañeros retrocedieron rodeándole, y así, casi en volandas, fué arrastrado fuera de las murallas, hasta un sitio donde la terraza era alta.

Matho dió una orden é instantáneamente todos los escudos se colocaron sobre los cascos; saltó encima para agarrarse á las asperezas del muro y volver á entrar en Cartago, y blandiendo su hacha corría sobre los escudos, semejantes á olas de bronce como un dios marino sobre las olas sacudiendo su tridente.

Un hombre con túnica blanca se paseaba junto al borde de la muralla, impassible ante la muerte que le rodeaba.

A veces ponía la mano derecha sobre los ojos para descubrir á alguien, Matho pasó por debajo de él. De repente sus pupilas llamearon, su rostro lívido se crispó, y levantando sus brazos débiles, le injuriaba gritando.

Matho no le oía; pero sintió penetrar en su corazón una mirada tan cruel y tan furiosa que lanzó un rugido. Despidió con fuerza hacia él su larga hacha. Algunos cartagineses se lanzaron sobre Schahabarim, y Matho, no viéndole ya, cayó rendido por los esfuerzos hechos.

Al terminar la pelea, y á consecuencia de haberse hundido en una mina abierta espresamente por orden de Hamílcar, la máquina ideada por Spendio, los cartagineses bajaron de las murallas y atacaron á los bárbaros de los que hicieron gran carnicería. Pero entonces acudieron los carros galos de hoces, y galopando contra los cartagineses les obligaron á retirarse. Cerró la noche; y poco á poco los bárbaros se retiraron.

No se veía en la llanura sino una especie de hormigueo obscuro desde el golfo azulado hasta la laguna blanquecina; y el lago junto al cual tanta sangre se había derrama-

do, se extendía más lejos como una gran charca de púrpura.

La terraza estaba tan cargada de cadáveres que se la creyera construída con cuerpos humanos.

Sobre las murallas se veían anchos surcos abiertos por el plomo derretido. Una torre de madera ardía; las casas aparecían vagamente como las gradas de un anfiteatro arruinado. Densas humaredas subían arrastrando chispas que se perdían en las negruras del cielo.

Los cartagineses á quienes la sed devoraba se habían lanzado hacia las cisternas. Rompieron las puertas. Únicamente barro líquido había en su fondo.

¿Qué hacer? Los bárbaros eran innumerables, y una vez descansados volverían al asalto.

Durante toda la noche el pueblo deliberó en las encrucijadas. Unos decían que era preciso arrojar de la ciudad á las mujeres, enfermos y viejos; otros, proponían abandonar Cartago y establecerse lejos en una colonia.

Pero no había buques y salió el sol sin que se hubiese acordado nada.

Durante aquel día no se peleó; todos estaban rendidos; los soldados que dormían parecían cadáveres; entonces los cartagineses reflexionando acerca de la causa de sus desastres, se acordaron que no habían enviado á Fenicia la ofrenda anual para Melkarth Tirio y un inmenso terror se apoderó de ellos; los dioses indignados con la república persistirían sin duda en su venganza.

Se les consideraba como amos crueles á quienes se apaciguaba con súplicas, y á los que corrompía á fuerza de presentes. Todos eran débiles comparados con Moloch-devorador. La existencia, la misma carne de los hombres le pertenecía, así es que para salvarla, los cartagineses tenían costumbre de ofrecerle una porción de ella que calmaba su furor.

Se quemaba á los niños en la frente ó en la nuca con mechales de lana, y como aquel medio de satisfacer al Baal rendía mucho dinero á los sacerdotes, lo recomiendan como más fácil y suave.

Pero aquella vez se trataba de la República misma. Todo provecho debe ser comprado por determinada pérdida pues toda transacción se conviene según las necesidades del más débil y las exigencias del más fuerte. No había dolor harto terrible para el Dios, pues se deleitaba al infligir las más horribles, y ahora todos estaban á su discreción. Era preciso satisfacerle por completo. Los ejemplares probaban que por aquel medio desaparecían los azotes. Por otra parte creían que una inmolación por el fuego purificaría á Cartago. La ferocidad del pueblo gozaba en ello. Además, la elección debía hacerse exclusivamente entre los hijos de las grandes familias.

Los antiguos se reunieron. La sesión fué larga. Hannon asistió á ella. Como ya no podía sentarse permaneció tendido cerca de la puerta, medio oculto entre las franjas de la tapicería; y cuando el pontífice de Moloch les preguntó si consentirían en entregar á sus hijos, su voz resonó de repente en la sombra como el rugido de un genio en el fondo de una caverna. Sentía, á lo que dijo, no poder dar de su propia sangre; y contemplaba á Hamílcar que estaba frente á él en el otro extremo de la sala. Al Suffeta le turbó tanto aquella mirada que quedó aterrado. Todos aprobaron afirmando con la cabeza sucesivamente; y según los ritos, tuvo que contestar el gran sacerdote: «Sí, cúmplase ésto.» Entonces, los antiguos, decretaron el sacrificio por medio de una perifrasis profesional, pues hay cosas que cuestan más decir que ejecutar.

Casi inmediatamente se supo en todo Cartago la decisión.

Resonaron grandes lamentos. Por todas partes se oía gritar á las mujeres; sus esposos las aconsejaban ó apostrofaban haciéndolas reflexiones.

Tres horas después circuló una noticia extraordinaria. El Suffeta había hallado manantiales al pie del acantilado.

Fueron hacia allí. Unos agujeros abiertos en la arena, se llenaban de agua; algunos echados de bruces bebían ya en ellos.

Hamílcar no sabía si era debido aquel descubrimiento á un consejo de los dioses ó al vago recuerdo de una revelación hecha por su padre; pero al salir del consejo de los antiguos había bajado á la plaza, y hécho quitar por los esclavos los guijarros que cubrían la arena.

Dió vestidos, calzado y vino. Repartió lo que quedaba de trigo en su casa. Hizo entrar á la multitud en su palacio y abrió las cocinas como los almacenes, y todas las habitaciones, exceptuando la de Salammbó. Anunció que seis mil Mercenarios galos iban á llegar, y que el rey de Macedonia enviaba soldados.

Pero desde el segundo día disminuyeron los manantiales su caudal de agua, y al tercer día se habían agotado. Entonces, el decreto de los Antiguos circuló de nuevo, y los sacerdotes de Moloch empezaron su cometido.

Hombres vestidos de negro, se presentaban en las casas. Muchos los abandonaban bajo pretexto de un negocio cualquiera; los servidores de Moloch, llegaban y se apoderaban de los niños. Otros los entregaban estupidamente. Luego los llevaban al templo de Tanit, donde las sacerdotizas estaban encargadas de distraerles y alimentarles hasta llegar el día solemne.

Llegaron á casa de Hamílcar de repente y le hallaron en el jardín:

—¡Barcal Venimos por lo que sabes... ¡Tu hijo!

Añadieron que varios ciudadanos le habían visto en los Mappales acompañado por un viejo.

De momento, quedó como sofocado, pero comprendiendo que toda negativa sería en vano, Hamílcar se inclinó;

les introdujo en la casa de comercio. Sus esclavos vigilaban los alrededores.

Entró en la habitación de Salammbó trastornado. Cogió por una mano á Hannibal, y con la otra, arrancó el cordón de un vestido; ató sus pies, sus manos, pasó el extremo por la boca, para hacerle una mordaza y le ocultó bajo la cama de cuero, dejando caer hasta el suelo una gran colcha.

Después se paseó á derecha é izquierda; levantaba los brazos, daba vueltas sobre sí mismo, se mordía los labios, permaneció algunos minutos con la mirada fija, y el pecho anhelante como si fuera á morir.

Llamó por tres veces con las manos. Giddenem apareció:

—Escucha,—le dijo,—buscas entre los esclavos un niño de ocho á nueve años con los cabellos negros y rizados y la frente abultada. ¡Tráelo! ¡Aprisa!

Giddenem volvió al cabo de poco, trayendo al niño.

Era un pobre muchacho, á la vez demacrado é hinchado; su piel estaba amarillenta como el infecto harapo que llevaba en la cintura. Bajaba la cabeza y con el dorso de la mano se frotaba los ojos, llenos de moscas.

¿Habría quién le confundiera con Hannibal? ¡Y no había tiempo para buscar otro! Hamilcar miraba á Giddenem; sentía ganas de estrangularlo.

—¡Vete!—gritó; el gobernador de los esclavos huyó.

De pronto Abdalonim habló detrás de la puerta. Pedían por el Suffeta. Los servidores de Moloch se impacientaban.

Hamilcar, contuvo un grito como si sintiera la mordedura de un hierro candente; y de nuevo paseó por la estancia como un insensato.

La gran taza de mármol, contenía aún un poco de agua clara para las abluciones de Salammbó. A pesar de toda su repugnancia y de su orgullo el Suffeta bañó al niño, y como un mercader de esclavos se puso á lavarlo y á fro-

tarlo con tierra roja. Tomó después dos trozos de púrpura; le puso uno en el pecho y otro en la espalda, y los juntó con dos broches de diamantes.

Vertió perfumes sobre su cabeza; púsole un collar de electro, y le calzó sandalias con talones de perlas, las sandalias de su hija! pero pateaba de vergüenza y de irritación; Salammbó que le ayudaba estaba tan pálida como él. El niño sonreía, deslumbrado por aquellos esplendores, perdía su timidez, y empezaba á pulmotear cuando Hamilcar le arrastró.

Le sujetaba por el brazo con fuerza, como si tuviera miedo de perderle, y el niño lloriqueaba corriendo junto á él.

Al llegar cerca del ergástulo, bajo una palmera, resonó una voz suplicante y dolorida.

Hamilcar se volvió y vió á su lado á un hombre de alfecta apariencia, á uno de aquellos miserables que vivían en la casa.

—¿Qué quieres?—le dijo el Suffeta.

El esclavo que temblaba de un modo horrible balbuceó:

—¡Soy su padre!

Hamilcar, continuaba caminando; el miserable le seguía con las piernas dobladas y el cuello estirado. Su rostro estaba convulso por una angustia indecible y los sollozos que contenía le ahogaban.

Por fin se atrevió á tocarle ligeramente con un dedo, en el codo.

—¿Acaso vas á?...

No tuvo fuerza para acabar y Hamilcar se detuvo pasmado ante aquel dolor.

Jamás había pensado que pudiera haber entre ellos nada común. Aquello le pareció una especie de ultraje y como un ataque á sus privilegios. Contestó con una mirada más fría y pesada que el hacha de un verdugo; el es-

clavo cayó desmayado en el polvo á sus pies. Hamilcar pasó por encima.

Los tres hombres vestidos de negro, le esperaban en la sala, de pie, junto al disco de piedra. Desgarró sus vestidos, y se revolcaba sobre las losas gritando:

—¡Ah! ¡pobre Hannibal! ¡Oh! ¡hijo mío! ¡Mi esperanza! ¡Mi vial! ¡Mi consuelo! ¡Matadme á mi también! ¡Llévame! ¡Desdicha! ¡desdicha!

Se arañaba el rostro, se mesaba los cabellos, y lanzaba alaridos como las plañideras de los funerales.

—¡Lléváoslo! ¡padezco demasiado! ¡Idos! ¡Matadme como á él!

Los servidores de Moloch se admiraban de que Hamilcar tuviera tan poco corazón. Estaban casi enternecidos.

Se oyó un ruido de pies desnudos y un estertor comprimido, semejante á la respiración de una bestia feroz que se acerca; y en el umbral de la tercera galería, entre los montantes de marfil, apareció un hombre lívido, terrible, con los brazos estendidos; gritó:

—¡Mi hijo!

Hamilcar de un salto, se lanzó sobre el esclavo. Cubrióle la boca con la mano y gritó:

—¡Es el anciano que le ha educado! ¡Le llama su hijo! ¡Se volverá loco! ¡Basta! ¡basta!

Y empujando por los hombros á los tres sacerdotes y á su víctima salió con ellos, y de un puntapié cerró la puerta detrás de él.

Hamilcar, volviendo al cuarto de Salammbó desató á Hannibal. El niño, exasperado, le mordió en la mano haciéndole sangre. Para hacerle estar quieto, Salammbó quiso asustarle con Lamia, una hada maléfica de Cyrene.

—¿Dónde está? —preguntó.

Le dijeron que unos bandoleros vendrían para meterle en la cárcel. Contestó:

—¡Que vengan, les mataré!

Hamilcar le dijo entonces la espantosa verdad, pero se enfureció contra su padre diciendo que podía aplastar al pueblo entero, ya que era el amo de Cartago.

Por fin, extenuado por los esfuerzos de su cólera se durmió con sueño intranquilo. Hablaba soñando, tendido sobre un cojín de escarlata; su cabeza estaba echada hacia atrás, y su brazito, apartado del cuerpo, permanecía rígido en una actitud imperativa.

Cuando hubo cerrado la noche, Hamilcar lo cogió suavemente, y bajó á obscuras la escalinata de las galerías. Pasando por la casa de comercio tomó una cajita de pasas y una calabaza de agua pura; el niño se despertó ante la estatua de Aletes, en el subterráneo de las pedrerías; y sonreía en brazos de su padre á la luz de las claridades que le rodeaban.

Hamilcar estaba seguro que ya no podrían quitarle su hijo. Entonces como no tenía que disimular, pues nadie le veía, dió rienda suelta á su cariño. Como una madre que encuentra á su primogénito despues de perderle, se lanzó sobre su hijo; le estrechaba contra su pecho, reía y lloraba á un tiempo, le llamaba con los nombres más cariñosos, le cubría de besos; Hannibal, asustado por aquella ternura, callaba.

Hamilcar volvió á paso de lobo, palpando las paredes; llegó á la gran sala donde entraba la luz de la luna por una de las aberturas de la cúpula; en el centro, el esclavo ahito, dormía tendido sobre el pavimento de mármol. Le miró y sintió piedad. Con la punta de su coturno, le puso una alfombra bajo la cabeza. Luego levantó los ojos y miró á Tanit, cuyo cuarto creciente brillaba en el cielo, y se sintió más fuerte que los Baals, y lleno de desprecio por ellos.

Los preparativos del sacrificio se estaban ultimando.

Se derribó un gran trozo de pared del templo de Moloch para sacar al Dios de cobre sin tocar las cenizas del altar. Después, apenas apuntó el sol, los hieródulos le empujaron hacia la plaza de Khamon.

Iba hacia atrás deslizándose sobre cilindros; sus hombros eran más altos que las murallas; todos los cartagine-ses que le veían aunque fuere de lejos, huían asustados porque no podía contemplarse impunemente al Baal, sino en el ejercicio de su cólera.

Fuerte olor de aromas se esparció por las calles. Todos los templos se abrieron á la vez; salieron los tabernáculos sobre carromatos ó en literas que los pontífices llevaban. Grandes penachos de plumas ondeaban en sus ángulos y vivos rayos escapábanse de sus agudos copetes, terminados en bolas de cristal, de oro, de plata ó de cobre.

Eran los Baalim Cananeos, derivados del Baal supremo que volvían hacia su principio para humillarse ante su fuerza y anegarse en su esplendor.

El pabellón de Melkhart de fina púrpura, protegía una llama de petróleo; en el de Khamon, de color de jacinto, se levantaba un falo de marfil rodeado de un círculo de pedrería; entre las cortinas de Echsmun, azules como el éter, un phyton dormido, formaba un círculo con la cola; y los dioses Pataicos, sostenidos por los sacerdotes, parecían niños grandes envueltos en pañales cuyos talones rozaban el suelo.

Después, venían todas las formas inferiores de la divinidad. Baal-Samin, dios de los espacios celestes; Baal Peor dios de los montes sagrados; Baal Zebup, dios de la corrupción, y los de los países vecinos y los de las razas cananeas: el Tarbal de la Libia, el Adrammelech de Caldea, el Kijun de los sirios; Derceto, con cara de virgen, se arrastraba sobre sus aletas y el cadáver de Tammuz iba

arrastrado en el centro de un catafalco, entre antorchas y cabelleras. Para supeditar los reyes del firmamento al Sol, é impedir que su influencia particulares contrarrestare la suya se blandía al extremo de largas perchas estrellas de metal multiculares. Los Abadirs, piedras caídas de la luna giraban dentro de hondas de hilo de plata; panecillos que reproducían el sexo de una mujer se amontonaban en las cestas que llevaban los sacerdotes de Ceres; otros llevaban sus amuletos; los ídolos olvidados reaparecieron: hasta se tomó de los buques sus símbolos místicos, como si Cartago hubiese querido recogerse por entero en un pensamiento de muerte y desolación.

Ante cada uno de los tabernáculos, un hombre mantenía en equilibrio sobre su cabeza un ancho pebetero donde humeaba el incienso.

La estatua de cobre continuaba avanzando hacia la plaza de Khamón. Los Ricos, llevando cetros con puño de esmeralda acudieron desde el fondo de Megara. Los Antiguos ceñiendo sus diademas se reunieron en Kinisdo y los gobernadores de provincia, los mercaderes, los soldados, los marineros y la horda numerosa de empleados de los funerales, todos, con las insignias de su magistratura, ó los instrumentos de su oficio se dirigían hacia los tabernáculos que bajaban del Acrópolis, entre los colegios de sacerdotes.

Por deferencia hacia Moloch, habían revestido sus trajes más espléndidos y ostentaban sus mejores joyas. Centelleaban los diamantes sobre los mantos y las túnicas negras; pero los anillos demasiado anchos, caían de los dedos adelgazados y nada tan lúgubre como aquella multitud silenciosa, cuyos aretes golpeaban contra rostros pálidos y en que las áureas tiaras ceñían frentes crispadas por una desesperación atroz.

Por fin llegó el Baal al centro de la plaza. Sus pontífices con verjas, dispusieron un recinto para apartar á la multitud y permanecieron á sus pies alrededor de él.

Los sacerdotes de Khamón, con túnicas de lana oscura se alinearon bajo las columnas del pórtico; los de Schmun con mantos de lino y tiaras puptiagudas colocáronse en las gradas del Acrópolis; los sacerdotes de Melkar, pusiéronse del lado de Occidente; los de los Abadirs, apretados los cuerpos en anchas cintas de telas frigias, quedaron hacia Oriente; y en el Sur, con los magos de la muerte, cubiertos de tatuajes quedaron los plañideros con sus mantos remendados, los servidores de los Batoeques y los Ísidonion que, para conocer el porvenir se ponían en la boca un hueso de muerto.

De cuando en cuando llegaban filas de hombres desnudos por completo con los brazos tendidos hacia delante, cogidos por los hombros unos á otros. Arrancaban de las profundidades de su pecho una voz cavernosa. Los ojos que miraban al coloso, brillaban entre la polvareda, y á intervalos iguales, todos á una como sacudidos por un solo movimiento, balanceaban sus cuerpos. Estaban tan furiosos, que para restablecer el orden, los hieródulos á palos, les hicieron echar de bruces, con el rostro tocando las verjas de cobre.

Entonces fué, cuando del fondo de la plaza avanzó un hombre vestido de blanco. Atravesó lentamente la multitud y se reconoció en él un sacerdote de Tanit, al gran sacerdote Schahabarim. Una rechifla general le acogió, pues la tiranía del principio viril, prevalecía aquel día en todas las conciencias, y la diosa estaba de tal modo olvidada, que no se había notado siquiera la ausencia de sus pontífices. El pasmo creció de punto, cuando se le vió que abría una de las puertas destinadas á los que habían de entrar para ofrecer víctimas. Los sacerdotes de Moloch creyeron que aquel era un ultraje para su dios; con violentos ademanes trataban de rechazarle. Alimentados con las carnes de los holocaustos, vestidos de púrpura como reyes, y ciñendo triples coronas, mofábanse de aquel pálido eunuco extenuado por maceraciones, y carcajadas de

cólera, sacudían sobre su pecho su barba negra en forma de abanico.

Schahabarim sin contestar continuaba andando; y después de atravesar todo el recinto, llegó entre las piernas del coloso, y luego, le tocó en ambos lados de ellas extendiendo los brazos, lo cual era una fórmula solemne de adoración. Hacía demasiado tiempo que la Rabbet le torturaba, y por desesperación, ó quizá á falta de un dios que le satisficiera por completo su pensamiento, se decidía al cabo por aquel.

La multitud, asustada por aquella apostasía, lanzó un prolongado murmullo. Sentíase que se rompía el último lazo que unía las almas á una divinidad clemente.

Pero Schahabarim, á causa de su mutilación no podía participar del culto al Baal. Los sacerdotes de rojo manto le excluyeron del recinto; luego, cuando estuvo fuera, dió la vuelta alrededor de todos los colegios y después, el sacerdote sin dios desapareció entre la multitud. Esta se apartaba á su paso.

Entretanto, una hoguera de álces, cedro y laurel, ardía entre las piernas del coloso. Sus largas alas hundían sus puntas en la llama; los unguentos con que se le había frotado, corrían como sudor sobre sus miembros de cobre. Alrededor de la piedra redonda en que apoyaba los pies, los niños envueltos en velos negros formaban un círculo inmóvil; y sus brazos desmesuradamente largos, bajábanse hasta ellos como para apoderarse de aquella corona y llevarla al cielo.

Los Ricos, los Antiguos, las mujeres, toda la muchedumbre se apiñaba detrás de los sacerdotes y en las terrazas de las casas. Las grandes estrellas pintadas no se movían ya, los tabernáculos estaban en el suelo; y las humaredas de los incensarios subían perpendicularmente semejantes á árboles gigantes, desplegando en pleno azul sus ramajes azulados.

Muchos se desmayaron, otros permanecían inertes y pe-

trificados en extasis. Una angustia infinita aplastaba los pechos. Los últimos clamores se extinguieron uno á uno y el pueblo de Cartago anhelaba, absorbido por el deseo de su terror.

Por fin, el gran sacerdote de Moloch pasó la mano izquierda bajo los velos de los niños, y les arrancó de la frente un mechón de cabellos que arrojó á las llamas. Entonces, los hombres de rojos mantos entonaron el himno sagrado:

— «¡Gloria á tí, Soll ¡Rey de las dos zonas, creador que se engendró, Padre y Madre, Padre é Hijo, Dios y Diosa, Diosa y Dios!»

Su voz se perdió entre el estruendo de los instrumentos que resonaban á la vez para ahogar los gritos de las víctimas.

Los hierodulos con un largo gancho abrieron los siete compartimentos del cuerpo del Baal. En el más alto se introdujo harina; en el segundo, dos tórtolas; en el tercero, un mono; en el cuarto, un carnero; en el quinto una oveja; y como no había buey para poner en el sexto, se echó una piel curtida que se tomó del santuario. El séptimo agujero permaneció vacío.

Antes del gran sacrificio era conveniente ensayar los brazos del Dios. Unas cadenas que arrancaban de sus dedos, llegaban hasta las espaldas y volvían á bajar por detrás, donde algunos hombres, tirando con fuerza, hacían subir hasta la altura de los codos las manos abiertas, las cuales, acercándose una á otra llegaban hasta su vientre; moviéronse muchas veces seguidas, y después los instrumentos callaron. Crepitaban las llamas.

Los pontífices de Moloch se paseaban por la gran losa, examinando lo muchedumbre.

Era preciso un sacrificio individual, una oblación voluntaria que se consideraba como la iniciadora de las otras. Pero nadie se presentaba, y las siete avenidas que conducían desde las barreras al coloso, estaban vacías. En-

tonces, para animar al pueblo, los sacerdotes sacaron de su cintura unos punzones con que se arañaban el rostro. Se hizo entrar en el recinto á los fieles, que estaban tendidos de bruces en el exterior. Se les echó un paquete de horribles instrumentos y cada cual escogió su tortura. Se traspasaban el pecho; se hendían las mejillas; pusieron coronas de espinas en la cabeza; luego, enlazando sus brazos y rodeando á los niños, formaban otro gran círculo que se contraía y se ensanchaba. Llegaban hasta la balastrada, se retiraban y volvían á empezar llamando hacia ellos á la multitud por el vértigo de aquel movimiento de sangre y de gritos.

Poco á poco, gran gentío entró hasta el final de las avenidas; lanzaban al fuego perlas, diamantes ricos, vasos de oro y de plata. Copas, antorchas, todas sus riquezas; las ofrendas se sucedían unas á otras y eran cada vez más espléndidas y múltiples. Por fin, un hombre que se tambaleaba empujó á un niño, después se vió entre las manos del coloso una pequeña masa negra; se hundió en la abertura tenebrosa. Los sacerdotes se inclinaron en la gran losa y un nuevo canto estalló, celebrando las alegrías de la muerte y los renacimientos de la eternidad.

Subían lentamente las víctimas, y como la humareda al volar formaba altos torbellinos, parecían desaparecer también dentro de una nube. Ninguno se movía, estaban atados por las muñecas y los jarretes, y los oscuros velos, tupidos y recios, les impedían ver y ser reconocidos.

Hamilcar, con un manto rojo como los sacerdotes de Moloch, estaba cerca del Baal; erguido ante el dedo gordo de su pie derecho.

Cuando subió el décimo cuarto niño, todos pudieron advertir que se estremeció é hizo un gesto de horror. Pero bien pronto recobró su actitud, cruzándose de brazos y mirando al suelo. Al otro lado de la estatua, el gran pontífice permanecía inmóvil como él. Inclinando su cabeza que ostentaba una mitra asiria, observaba sobre su pecho

la placa de oro cubierta de piedras fatídicas, en que las llamas reflejándose, producían claridades irisadas. Palidecía, desesperado. Hamilcar inclinaba la frente; y estaban ambos tan cerca de la pira que la orla de su manto levantándose, los rozaba.

Los brazos de cobre movíanse con mayor velocidad. No se detenían un instante. Cada vez que se ponía entre ellos á un niño, los sacerdotes de Moloch extendían la mano hacia él, para cargarle con todos los crimentes de pueblo, vociferando:

—«¡No son hombres, sino bueyes!»

Y la multitud repetía:

—«¡Bueyes! ¡bueyes!»

Los devotos gritaban:

—«¡Señor! ¡come!»

Y los sacerdotes de Proserpina conformándose por el terror; á las necesidades de Cartago murmuraban la fórmula elusiaca:

—«¡Vierte la lluvia! ¡Engendra!»

Las víctimas apenas llegaban al borde de la abertura, desaparecían como una gota de agua sobre una placa enrojecida; y una humareda blanca ascendía entre los tonos de escarlata de la estatua.

Sin embargo, el apetito del dios no se calmaba, quería más víctimas. Para darle más se apiló una porción entre sus manos con una gruesa cadena que las sostenía. Los devotos al principio habían querido contarlas para saber si su número correspondía al de los días del año solar; pero como se echaban tantas, una tras otra, era imposible contarlas entre aquel movimiento vertiginoso de los brazos. Aquello duró mucho rato, hasta la noche. Luego, las planchas interiores adquirieron un brillo más sombrío. Entonces se vieron carnes que ardían. Algunos creyeron reconocer cabellos, miembros, cuerpos enteros.

Acabó el día; gruesas nubes se amontonaron sobre el Baal, la pira ya sin llamas, formaba una pirámide de car-

bones hasta sus rodillas; completamente rojo, como un gigante cubierto de sangre, parecía con su cabeza echada hacia atrás vacilar bajo el peso de su embriaguez.

A medida que los sacerdotes se apresuraban, el frenesí del pueblo aumentaba. Disminuía el número de las víctimas, y unos gritaban perdón y otros que se necesitaban más. Hubieran dicho que las terrazas llenas de gente se hundían bajo los alaridos de espanto y de voluptuosidad mística. Luego los fieles llegaron arrastrando á sus hijos que se agarraban á ellos; les pegaban para hacerse soltar y les entregaban á los hombres rojos. Los músicos se detenían cansados entonces, se oían los sollozos de las madres y el chirrido de la grasa que caía sobre los carbones ardientes. Unos borrachos iban á cuatro patas, daban vueltas alrededor del coloso y rugían como tigres; los Isidonim auguraban, los fieles, cantaban con sus labios hendidos; se habían derribado las verjas; todos querían su parte en el sacrificio; y los padres, cuyos hijos murieron en otro tiempo, echaban al fuego sus efigies, sus juguetes, sus esqueletos. Algunos que llevaban cuchillos se arrojaron sobre los otros. Estalló una gran matanza. Los hieródulos cogieron las cenizas de la gran losa y las lanzaron al aire, á fin de que el gran sacrificio se esparciera por la ciudad hasta la región de las estrellas.

Aquel ruido y aquella claridad deslumbrante, había atraído á los bárbaros al pie de las murallas, y mirando desde lo alto de sus máquinas de guerra, contemplaban el espectáculo mudos de horror.

